

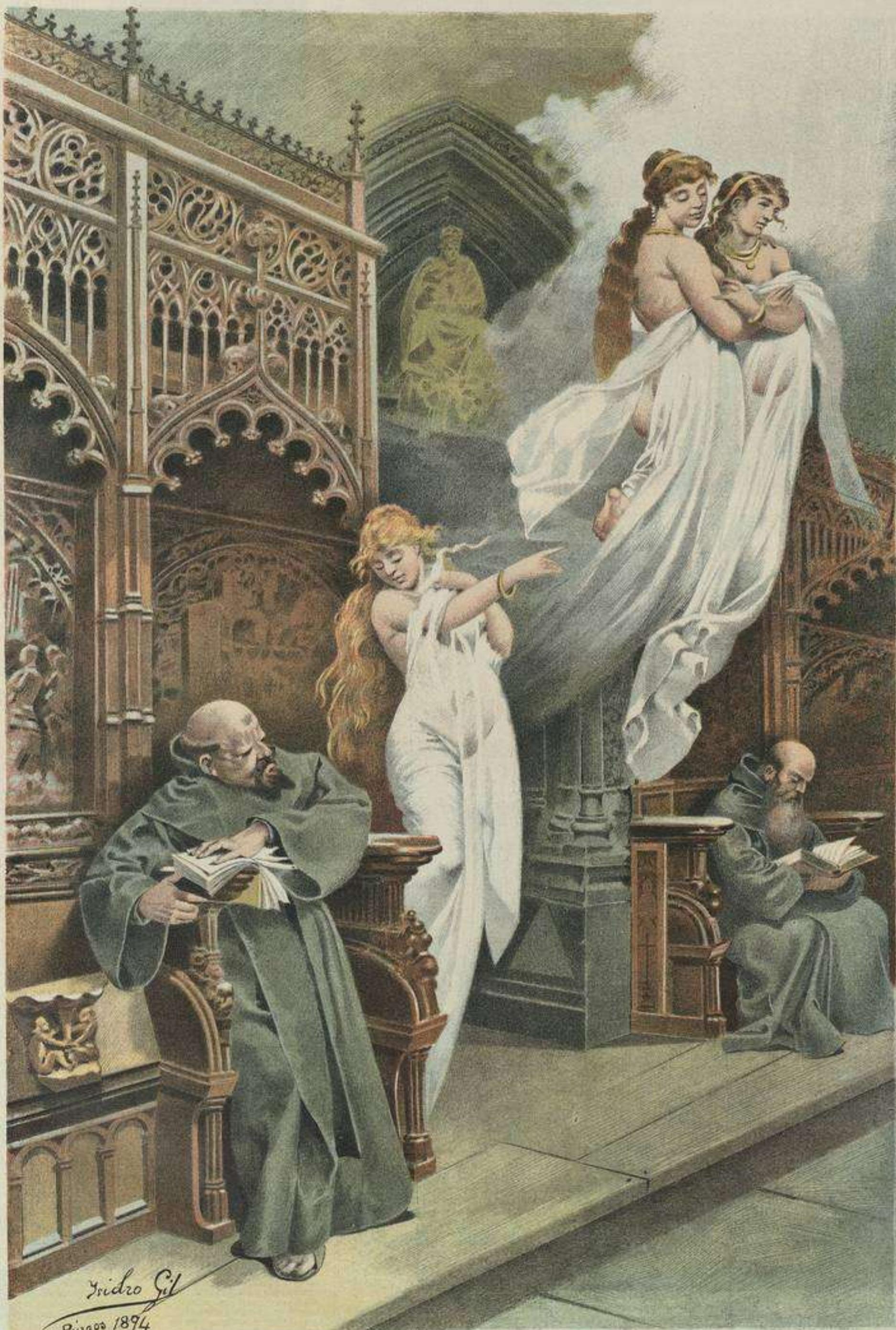
LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLÍTICO Y DE NOTICIAS
ECO IMPARCIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA.
SUPLEMENTO ILUSTRADO
DIRECTOR ARTÍSTICO: DON ANTONIO CÁNOVAS Y VALLEJO

AÑO II. N.º 27

Madrid Marzo de 1895.

OFICINAS FACTOR-7.





HISTORIA DEL ANOCHECER

Recordaría, palabra por palabra, todo lo que hablamos aquella tarde Margarita y yo. Y es que hay frases tan dulces en el lenguaje humano, cuando habla el cariño, que su recuerdo se conserva sobre Dios cuantos años en nuestro corazón, lo mismo que la miel en los panales.

Era muy hermosa la senda por donde caminábamos. Cerraban la derecha e izquierda setos de madreselva. Llenos de flores, y también llenos de pájaros.

Sucedía que, como empezaba a anochecer, no se estaban éstos un instante quietos. Todo era entrar y salir en los arbustos donde tenían sus nidos.

Jamás he visto pájaros más importantes; a lo mejor oíamos entre el ruido alado como de pelea, aloteos y rodar de hojas desprendidas. Margarita se asustaba, y era que se estaban acarriando.

Mas para qué todo aquel estrépito, tratándose de caricias? Ninguno de los dos podíamos comprenderlo. ¡Esa! y yo confesamos. Por mera curiosidad les imitamos en dos o tres ocasiones, y ni el aire se enteró de que nos acariciábamos. Por lo menos, a pesar de la fama de surmador que le han atribuido los poetas, no alzó la protesta más leve. Tal vez fuera pur respeto.

Iba apagándose el día tan dulcemente que más que extinguirse se dormía. Veíamos allá, a lo lejos, unas montañas de un azul pálido muy bososo; Margarita pensó que un traje de aquel color les estaría muy bien a las muchachas rubias. —Imaginate—me dijo—el efecto que harían unos cálculos dorados sobre ese tono azul. —Pues yo no sé cómo fa, pero de pronto, el sol, que estaba ya casi oculto en Occidente, mandó un haz de rayos sobre las montañas azules, y Margarita pudo contemplar el efecto que soñaba. Cerca de la senda por donde íbamos, pasaba un arroyo, obsequiándonos con los alegres rumores de su caudal; era un ruido que tenía mucho de infantil; semejaba cachicheros y risas de niños revoltosos. —Mira qué contento—le dije a Margarita—ra ese arroyo camino del río; es como un chiquillo a quien le dijeron que pronto sería hombre; y después de todo, no se por qué se han de alegrar tanto los arroyos que van a ser ríos, ni los rapazuelos que van a ser hombres. —Margarita, al oírme, se quedó también pensativa; pero al instante exclamó: —Yo no creo que la vida esté tan llena de sinsabores como dicen algunos! —Y en verdad que mientras haya sendas entre setos de madreselva, y un poco de amor en medio de cada senda, tiene razón Margarita.

También veíamos por entre los claros de los arbustos, algunos árboles muy grandes y frondosos; yo noté que un alacollo juguete se empeñaba en desarrullar las hojas, y que ellos, medio dormidos y sin fuerzas ya para mover una ramita, le decían con acento de mal humor: —Haz el favor de dejarnos en paz; en cuanto te fujgamos, no hay cristiano que pueda coger el sonido. Las sombras, que comenzaban a exten-

darse por el llano, salieron a la defensa de los árboles, y el vicencillo, revolviéndose incomodado contra ellos, buscó lleno de malísima intención algún grave insulto que las pusiera fuera de sí. Por fin, acordándose sin duda de Quevedo, les llamó «duenas». Nunca hubiera hecho tal; allí fue el enfurecerse de las sombras, el pedir socorro, el agruparse, el recibir refuerzos, el gritar ¡ja ese! y el armar entre todas una algarabía de comadres.

Tanto que las campanas de la catedral de la ciudad próxima empezaron a tocar el Angelus, y a cada campanada decían: «Haya paz en la naturaleza; estas son horas de recogimiento, cesad en vuestras discordias y consagraos a la oración».

Creo que así lo hicieron, porque Margarita rezó en alta voz un Ave María, y la tranquilidad de los campos contestó suavemente: «Amen».

Terminada la oración emprendimos el regreso a la ciudad, y para acortar con alguna distracción la jornada, le dije a Margarita:

—Quieres que te cuente la historia de anochecer?

—Sí, cuéntamela—respondió.

Claro, no hay una mujer ni un niño que desairen una historia; las consideran como bombones del entendimiento: dulces por fuera, y con un agradable sabor de sorpresa al deshacerse en la boca.

—Pues déjala con atención—repuse,—porque es una historia verdadera desde el principio hasta el fin. Escucha: sucede que cuando iba a concientizarse el primer día que hubo en el mundo, Dios estaba muy satisfecho contemplando desde el cielo su obra. No había en la tierra ni un rincón triste: los flores, los árboles, los arroyos, los prados, las montañas, los pájaros, los animales, los hombres, todos decían: ¡Qué hermosa la vida! ¡Qué buena es esta vida! ¡Qué buenas son alegres las que hemos pasado, y las que pasaremos aún! El sol volverá ahora desde Oriente a Oriente, como ha ido desde Oriente a Occidente, y así se estará siempre dando paseos por el cielo, sin negarnos un instante su luz.

Dios, que escuchó tan errores suposiciones, estuvo por decirles: «No, no andáis acertados en eso, y yo lo siento mucho; pero he creado también la noche y no sé qué voy a hacer de ella, si, conforme deseais, establezco un día eterno». Esto les iba a decir, cuando vió un montón espesísimo de sombras, que empezaban a rebasar el horizonte, muy decididas a cubrir rápidamente el cielo.

—«Nos hemos inciso, exclamó con amargura Dios. Ya está allí la noche. Y ahora, ¿qué van a decir esos infelices?... El caso, como ves, era apurado; todos aquello, sacres, tan contentos de la luz, iban a bailar; y de pronto envueltos en las tinieblas, su alegría se convertiría en tristeza; su confianza en temor; los rumores que habían sonado dulces en sus oídos, causarían entonces miedo, y si éstos miraban al espacio para ver en su azul resplandecer la sonrisa de Dios, ahora apartarían con espanto la mirada de aquella brevedad negra, que, con su oscuridad, pasaba que dice: «Morir tenemos!», como los cartujos.

Margarita me dijo de pronto y como risita:

—Mira!

Si, un bollo negro, allá, a la derecha de nuestro camino, tendido en el suelo, ¡un hombre? No, parece un niño. ¿Qué le sucederá?

Nos acercamos. Al ruido de nuestros pasos levantó la cabeza y nos miró con miedo. Tendría ocho ó nueve años. ¡Pobre! Estaba descalzo y miserablemente vestido. Los ojos le relucían como dos escuas. ¡Qué pelo más crespo el de su cabeza! ¡Qué contracción tan dura la de sus labios, como si jamás se hubieran reido!

—Qué haces ahí?—le dije.

Y lo mismo que si le reprehieses por ello, el muchacho contestó hostilmente:

—Decansaba.

—No tienes casa?

—No, ni quiero tenerla.

—Pero ¿y tu madre?

En tan apurado trance, tendió Dios la mano en dirección de las sombras para contener su temida invasión, y exclamó:

—Démos tiempo a que los hombres pongan entre la luz y la oscuridad, la esperanza.

Y así, apenas continuó el primer impetu de las sombras, fue retirando poco a poco su mano por el espacio, y a medida que él la retiraba, las sombras avanzaban, siguiéndola, imaginando tropel de fieras, convertidas en manos corderos, que siguiesen a su pastor. ¡Tambiéndole la mano! Esto fué el primer anochecer, y desde él, la noche no empieza donde acaba el día, porque la mano de Dios se interpone, asociblando entre la luz y las tinieblas. Por eso, Margarita, en estas dulces horas del anochecer, sentimos indefinibles emociones, algo como un suave aliento de la divinidad, que encamina nuestra voluntad al bien y nos hace soñar con el cielo, y es que la mano de Dios, al cruzar por el espacio, pasa lentamente sobre nuestras cabezas.

pies en el suelo hizo una mueca de dolor, pero fué valiente y no exhaló un grito.

Entristecido por el encuentro, regresamos a la ciudad, seguidos por el muchacho, cuya agitada respiración daba señales angustia.

—Solo, sin madre, abandonado...; no tiene nadie que lo quiera, ni casa, ni pan seguro!—dijo Margarita.

Y luego, con lágrimas en los ojos, me preguntó:

—¿Es verdad que la mano de Dios pasa alguna vez sobre nuestras cabezas?

Miró al cielo; la noche había cerrado. No respondí.

JOSE DE ROURE.



F. DOMINGO.—Estudio al óleo.—Pertenece al Sr. D. Lorenzo G. Vela.

LA VISION DE FRAY MARTÍN

FRAGMENTO

Poblos la anchas brechas de informes y fantásticos seres, que en horrores, vertiginosas danzas, en incansable giro, en constante movimiento, como nocturnas aves por el aire vagas, agitaban sus alas no sentidas. Las recién nadas, las pasiones dormidas, los recuerdos importunos, que hasta del cielo en el velo humilde roapan la par de la existencia humana, en la insospechada sombra reviven; y cuantos vicios escondidos yacen en lo oscuro del alma, allí en continuo tambor, tomando caprichosas formas, cruzan casi relámpagos. La guía, la codicia, el rencor, la hipocresía, larva del humano rostro, se separan con ardiente fulgor en las tinieblas. Y la pálida evanida, el vil rocio,



J. ILUNA NOVICO.—Xapolitana (acuarela)

—No tengo madre; me recogieron unos labradores cuando naci, y ahora me peinan.

—Dónde viven esos labradores?

—Muy lejos de aquí, todo el día andando hacia allá... Yo me he escapado esta mañana, porque me peinan.

—Y adónde vas?

—No sé... A ese pueblo grande que está cerca.

—Pero ¿y qué vas a hacer en él?

—No sé; era pastor.

Margarita, con una voz llena de lástima y ternura, me dijo muy bajito:

—Tendrá hambre el infeliz; tal vez no haya comido hoy.

—Toma!—dijo al muchacho, y puso en sus manos algunas monedas.—Y ahora sigueños; nosotros llevamos el mismo camino que tú, vamos también a la ciudad.

Levantóse el muchacho, y al fijar los

la iracunda ambición, el bendo ladrío, monstruos diáfanos de aceradas garras, aves fauces y cráneos de hambre, con rugido furor se retorcían.

Con indeciso rayo de la luna en tormentosa noche, contrastando con las visiones vividas, que el miedo, la pasión despiadada, causa el crimen en la espantosa soledad engendran, la inmortalidad y credulidad que busca su patria celestial, de su vestida, los temerosos ambros surcaba.

Allí la voz en que el amor prodiano se revuelve ignorado y costeado, como el tigre voraz en las duras entrañas de la tierra, rovessa

gallardas formas de mujer. «Cuán fácil mostrábase el amor, desdicha el seno y palpitante, la teñida mirada incitando al placer, y la entrañable boca ofreciendo al corazon lascivo un beso sin fin, como el deseo!»

Cruzada leva el circulo móvil de seres impalpables, que llenaban la bóveda espaciosa, la soñada visión, rompiendo el aire, entró en el oído, y en el espaldín del sitial fabricado en que convalecía el triste pastel, tan tronadas angustias, silencios apoyó dulcemente el blando seno.

Vista el misterio llegar, cerró los ojos, y al través de los párpados, más viva la imagen percibí: sintió unos brazos que lo estrechaban afanosos; luego un ocaso glacial, que a su tiempo mismo lo helaba el corazón y le encogía la mente; luego poseyó el alma una voz regalada y cadenciosa;

Miró al cielo; la noche había cerrado. No respondí.

JOSE DE ROURE.

Cruzada leva el circulo móvil de seres impalpables, que llenaban la bóveda espaciosa, la soñada visión, rompiendo el aire, entró en el oído, y en el espaldín del sitial fabricado en que convalecía el triste pastel, tan tronadas angustias, silencios apoyó dulcemente el blando seno.

Vista el misterio llegar, cerró los ojos, y al través de los párpados, más viva la imagen percibí: sintió unos brazos que lo estrechaban afanosos; luego un ocaso glacial, que a su tiempo mismo lo helaba el corazón y le encogía la mente; luego poseyó el alma una voz regalada y cadenciosa;

voz que, temblando, le decía: —Deja que alcance otra vez. ¿Quién este mundo podrá ya desear? —Ven! Te besado y ya eres mío, para siempre mío!

NUÑEZ DE ARCE.

POR LAS ALTURAS

Moría un gran señor en la corte, a tiempo que en la misma corte daban garrote a un quidam. Salieron a la vez las almas de sus respectivos cuerpos, y se tropezaron en el camino.

—Redijó—exclamó con furia el alma del malvado, al recibir el empellón.—A poco más me partes el espíritu.

—Perdoná—dijo la del otro;—pero es este un andar tan ligero que no hay manera de detenerse. Y, ¡adonde bueno se camina!

—Pues a ver si me perdonan mis culpas.

—Son muchas las que traes?

—Tantas que ahora vengo de que me aborrecen.

—No es razón esa; la justicia humana se equivoca a veces.

—Así será, puesto que así lo dicen; pero confeso que conmigo no se equivoca.

—Confia, entonces, en que Dios es misericordioso.

—Allá lo veremos.... ¿Y tú, vas a lo mismo?

—Yo no cometí ni siquiera faltas; soy decididamente a la gloria.

—Caramba!... Señor y rico debiste ser en la tierra.

—En qui lo conociste?

—En qui por allá se quedó tu cuerpo, pero no tu orgullo.

Y siguieron marchando, el alma buena confiada, y el mal espíritu envidioso. Abrieronse en el cielo las puertas de luz sin que en ellas tocaseren, sonó como si lo lejos, la divina orquesta, semejante en su música a arrullo de brisas, murmurio de ríos y canto de ruiseñores, y en la blancura del espacio se destacaron diafanas figuras parecidas al hombre, formadas de estímulos luminosos, suavemente teñidos con los matices de la carne.

Era aquél el divino tribunal que, presidido por el Señor, llamaba a juicio a los muertos de las últimas veinticuatro horas.

Las almas se arremolinaron a la presentación de su juez, y hasta se metieron unas entre otras, tratando de ocultar así sus culpas. En aquella silenciosa confusión vino a quedar la del ajusticiado de tal modo aplastada entre las demás, que creyó no se la veía.

La única que permaneció inmóvil fue la del señor opulento, y por ella comenzó el juicio.

Con tranquilidad suma y con respeto profundo y sincero amor, relató los pormenores de su vida, enumerando todas sus virtudes y sin nombrar siquiera el daño. Ninguno había hecho.

Habíase deslizado su existencia a sin la menor contrariedad. Fueron ricos y virtuosos sus padres y le legaron sus virtudes y su riqueza. Cuidóse de ambas cosas con esmero; de la renta vivió con holgura; con aquella y con su virtud hizo lo felices, y agradecido a Dios por sus bondades, ni un solo día dejó de expresar su reconocimiento, ya con oraciones, ya con ofrendas. Allí, en la tierra, quedaban hospitales por él fundados y casas de misericordia, y en su testamento dejaba mandas crecidas para los pobres, sin que con ello menoscabase la fortuna que el heredó, puesto que con un buen aumento la legaba a su descendencia legítima.

Esto, con muchos más detalles, refirió el santo espíritu, despertando la envidia en las otras almas, que unas más, otras menos, traían las alforjas cargadas de pecados; y la que más envidiosa y descompuesta se hallaba era la del que sufrió en la tierra aterrador suplicio, que no hacía sino revolverse entre las otras, produciendo en el montón continuo oleaje.

Parciales de justicia que la sentencia fuese beneficiosa, y cuando el tribunal iba a dictarla, acentuaronse más las irrespetuosas manifestaciones, por lo que acudió la angelical fataga para poner paz en los espíritus, a tiempo que del grupo salía tan espantosa impresión que

glotón cuando se está harto. Cómo ha de desear quien nada necesita, y cómo ha de hacer mal quien nada desea, si qué gran acción será dar lo superfluo... Hubiera yo nacido, como él, de padres buenas y tan ricos, y él, como yo, de padres desastrosados, y viérase entonces lo que este hiciera; pero a mí de seguro no me ahorraría.

Caló el malvado a un signo del Señor, y volviéndose éste hacia el virtuoso, habló de esta suerte:

—Esa mala alma dijo bien: que ignaves han de ser las condiciones en que los hombres se hallen para juzgar de su

virtud, y tal es mi justicia. Y así, dispongo que vuelvas a nacer en las condiciones de ese infeliz, y si te portas, en la adversidad, con ote portaste en la fortuna, tendrás derecho entoces a la gloria.

Salio la buena o más ofreciendo proceder en la "de gracia lo mismo que en la sue rie, y el alma impura le gritó desde lej os:

—¡No te las prometas tan felices, que no es tan fácil!

LUIS CALVO REVILLA.



TRAGEDIAS DEL MAR LA GALERNA

Con cielo azul y mar llana,
brisa templada y ligera,
sarpela del muslo, llana,
gentil y suave traína
al despuntar la mañana.

Sentado junto al timón
y con el rumbo a Poniente,
dirige la embarcación;
que avanza plácidamente,
joven y apuesto patrón.

Y van las ondas surcando
del mar y el viento a merced
hasta que por fin, calando,
lanzan al agua la red
los pescadores, cantando.

Todo es a bordo alegría—
Pasan las horas; el viento
se calma, declina el día,
y el azul del firmamento
marcha una nube sombra.

Ante aquella aparición
álzase muda e inquieta
toda la tripulación,
mientras trascurre el patrón
el frágil timón sujeta.

Y dispuesto a pelear
con la galerna, que avanza,
manda a su gente bajar,
a tiempo que en lastimaria
comienza a encresparse el mar.

Silencioso, jadeante,
con el vigor de un gigante
y sobre el remo encorvado,
baja el marinero, agachado,
por su patrón excitado.

Y en carrera, que jamás
tué por traína igualada,
avanza cada vez más;
tanto, que de una arrastrada,
cien brazas quedan atrás.

Mas ¡ay! la nube maldita
también prosigue avanzando;
el mar se enturbia, se agita,
y el viento se precipita
sobre las aguas sibando.

Al sentirse el mar herido,
se estremecen de tempe;
lanza súbito rugido,
y hace frente al viento, enguido
en mortalos claves!

Y combates viento y mar,
y la noche se avanza;
y empieza el trueno a zumbar,
y el relámpago ilumina,
el tremendo balitar!

La traína, en lid violenta
con las olas y la nube,
se marcha horrible acercándose;
corre, gira, baja, sube
en brazos de la tormenta!

II

En la abrupta costa, asida
de una pedra, suspendida
a vertiginosa altura,
vele una mujer, sumida
en la más honda amargura.

A sus pies el mar lluvioso,
el rayo sobre su frente,
y envuelta en la densa bruma,
semeja Venus doliente
surgiendo entre parcas espumas!

Su pupila centellea;
en cabellera, flotante,
a merced del viento ondea,
y su vista penetrante
el horizonte sondea.

Nada la consumuye; nada;
ni la ola que irritada,
azotala sin cesar;
¡su vida está en la mirada,
y la mirada en el mar!

En aquél mar despiadado
donde en lucha gigantesca
combate su bión amado;
el que jura arrodiado
ante el Cristo de su abuela.

Ilumina al pie del altar,
y que, de su amor en alas,
parte gocío a posar
para consagrarse las galas
con que la quieren adorar.

Y allá feliz, sonriente,
sentando en un porvenir
vestido y espléndente,
bajo al muerto, diligente,
a ver á su amor partir.

Pojo mayor! En su anhelo
escucha, mira, interroga
al Cantábeo y al cielo,
sin poder hallar consuelo
para el pensar que le ahorca!

Y va creciendo en empeño
el torbellino temporal;
el mar con más ira rage,
y la peña ecila y cruce
al golpe del vendaval!

De pronto, como arrojada
sobre el mar por la tormenta,
el del asturio lanaza,
una brecha se presenta
ante su vista aserrada!

En medio de un espumoso
torbellino, se revuelve,
con giro vertiginoso,
y el rayo diabólico y evanescente
que combate espantoso!

Es la marea traína;
la que con febril ala
la mujer amante espera,
poniéndole su vida entera
y sus ilusiones van!

Luchar; mas toro es en vano;
sa fin ola ya cercano;
la tortura humana se agota
y apenas si el rugido nota
la espalda del Océano!

Una ola negra aparece;
se hinchá, se dilata, crece,
avanza implacable, llega;
la débil barca se arrepa,
oculta y desaparece!

Cerca del acantilado,
en la cima de una ola,
con el casco destrozado,
flota, ya penitencia y sola,
y un hombre la sigue á nado.

Es el misero patrón,
que con desesperación
comete para ganar
su traína a intentar
la imposible salvación.

Por las aguas impelido,
ya se aproxima ó se aleja...

basta que al cabo, vencido,
lanza, el bómbar una quesa;
la mujer, un alarid!

Al oír la voz querida,
con esfuerzo sobrehumano,
tras el que se ve la vida
sila el mártir una mano
en señal de despedida!

III

Mar negrozco y arbollado,
lloviendo encogido,
viento duro, y la racha,
sobre un valle tan rasgado,
una traína volvida!

Tenue luz crepuscular
misterio tristeza,
dónde el triste diafragma,
con roto, creciente oscuro,
van invadiendo a estellar!



Y al resplandor vago, incierto
del fulguroso anochecer,
va yo en el mundo desierto,
una angustiada mujer
junto á un marinero muerto!

La que al alba soñea,
postreza y doliente llora;
Historia breve y sencilla,
que empieza al nacer la aurora,
y acaba al morir el día!

AGUSTÍN FERNANDO DE LA SERNA.

Madrid, febrero 1893.

EL SABLE DE PORTAL

Llegó a mi pueblo hace unos años,
destinado al batallón de la reserva, con
una mujer, un hijo y retención judicial
del tercio de su paga por los siglos de
los siglos; porque no era de creer que el
capitán Portal hiciese economías con los
veinticuatro duros, mal contados, que el
cajero le entregaba cada mes... con dos
o tres de adelante sobre el del calendario.

Y lo peor de todo fué que, antes que el
misérissimo Portal, había llegado al pue-
blo su fama de sabista simpático, re-
currente, irresistible; los compañeros del
batallón se habían pasado horas y horas
en el Casino, contando casos notabilis-
mos; del Casino había transcurrido el

Recuerdo que lo primero que se contó,
fue que una noche el sereno rió abrirse
el balcón, que inmediatamente debajo
del aereo correspondía a la habitación
de Portal; luego vió un niño, que mon-
taba el antepecho y emperaba a descan-
der tenta, pero continuamente, hasta llegar
al balcón suelto del piso principal.
Allí solo descansaba un momento, y
el angelito sin alas ascendía, no al cie-
lo, pero sí al cuarto piso. Despues se averiguó
que Portal había enviado á su único
hijo, nando con una cestería, á re-
coger una maneda de dos pesetas que el
padre sostendía; se le había caído á él;
cosa inverosímil, pues el hecho ocurrió
a mediados de mes.

Al poco tiempo se supo que Portal se
había entregado á la miliciana; frecuen-
taba las iglesias y llamaba la atención
su pieón y arroamiento; sobre todo no
perdía ni uno de los sermones, que a
diario predicaba nuestro insigne prela-
do; el cual, al fin y al cabo, hubo de re-
parar en aquél militar tan devoto y ab-
stido, a quien había costado disgustos sin
cuento su misma fe religiosa, que no po-
día menos de ser motivo de persecución
en tiempos en que mandaban revolu-
cionarios, ateos y francmasones. En el seno
de la confianza calculaba Portal que un
sermon con otro le haría valido cuatro
pesetas cada uno; y oyó todos los de
aquelle cuarto año!

Una tarde pasaba yo en el Bombo con
varios oficiales, que de pronto se pararon
con muestras de gran respeto; y si-
guiendo sus miradas, vi a un caballero
de alguna edad, que venía por un paseo
lateral muy ocupado en hacer con el
bastón golpes derechos, cupés, paradas,
molinetas, y en fin, una complicada lec-
ción de esgrima.

El discípulo de Portal—me dijo un
oficial conteniendo la risa.

—¿El discípulo de Portal?

—Sí, señor; es un teniente, que llegó
hace poco de Cuba, en donde ascendió
desde soldado. Portal le ha convencido
de que debía aprostrar esgrima para curar
se de algunas dolencias, y se ofreció
á ser su maestro; por supuesto gratis,
como cosa de compañeros. Pero para que
el teniente tomase interés en aprender
pronto, convinió en que pagara a diez
céntimos cada vez que recibiese un bo-
tonazo. Según esto de fondos Portal, hay
días que hueven botonazos, y el te-
niente se pasa la vida como usted lo ve,
haciendo ensayos, para que la lección
del dia siguiente le resulte menos cara.
La de hoy de fijo no bajó de cinco pesetas,
que son las que Portal necesitaba
esta mañana. ¡Cincuenta botonazos!

Portal sabía realmente algunas mate-
máticas; y por aquí tomó relación con
un profesor de esta ciencia, en cuya casa
había tertulia, y en las noches de
jueves y domingos se jugaba á la lotería
de cartones. A cinco céntimos cada uno
de estos, con lo que se reunía como
cosa de dos pesetas para el feliz mortal
que hacia quintero. Por supuesto, el
quintero no se iba por bueno hasta

Dos jugadas habían transcurrido den-
tro del nuevo régimen, cuando Portal,
con chillona voz, gritó:

—Arto.

Quedó otra jugada por medio, y á la
segunda, madame Portal, magnífico con-
trato, gritó:

—Arto.

May pronto tocó la vez al bajo, no pro-
undo, del marido; y en fin, entre típico,
contrato y bajo hubo aquella noche tan-
tos artes como botazos; "sufria" en los



W. PEÑA.—ESTUDIO.

buenos días el teniente de marras. Ex-
cuso decir que doña Mariquita dejó de
jugar en cuanto empezó el segundo ciclo
de quintineros Portal.

Y la misma señora fue la que dos do-
mingos después interrumpió la vena de
los andaluces, exigiendo y alcanzando
que se volviese al antiguo régimen; con
lo que picado Portal en su amor propio,
renunció á la lotería revisada, propia de
gallego, rosco y desonore; doña Mariqui-
ta, que habría perdonado los quinteros de
matute, jamás perdonó que la hu-
bieran llamado gallega.

Y puesto que os he presentado á Porta-
l victorioso, quiero, antes de con-
cluir, narraros una de sus derrotas, que
fué así:

En el batallón de reserva había un
médico, que no tenía más vicio que el
juego; verdad es que ni tiempo ni dine-
ro lo quedaban para otros. Un día don Eloy
ganó, por excepción, ochenta ó
cien duros; y Portal, al acecho como
siempre, cayó sobre él, sable en mano;
el médico, malhumorado, negó los dos
duros solicitados á título de vaca, y se
marchó del garito. A la mañana siguiente,
muy temprano, dos amigos de Portal
se presentaron en casa del médico di-
ciéndole que aquel les envíaba á pedirle
una reparación por las armas de una
seria ofensa, que no había querido con-
fiarles. Don Eloy cogió al cielo con las
manos, pues no sabía en qué pudiera haber
ofendido á Portal; sin recordar si-
quiero la negativa del garito. En conse-
cuencia se negó á nombrar padrinos, y
a los de Portal aplicó cita en á éste
para una entrevista, que al fin quedó
concertada para el oscurecer debajo de
los arcos de la plaza.

—Pero, amigo Portal, ¿qué mosca le
ha picado? ¿Cuando, como y en qué ha
podido ofenderle á usted para retarle
a duelo?

Y Portal, después de recordar la ne-
gativa de los dos muchachos, terminó así su
oración:

—Esto, amigo D. Eloy, es un insulto
delante de mucha gente, que creerá que
Portal es un perdido, sin crédito entre
sus compañeros. Así, pues, ó una satis-
facción pública, ó al terreno.

—Pues bueno, hombre, la satisfacción:
cuando, dónde y como usted quiera. No
faltaña más.

—Pues oiga oí. Esta noche iré al si-
tio á la noche; vaya oí á la noche y media.
Me encontrara oí zentao, zí jugá; y me oí á oí: Portal, zí jugá; por qd o
juega oí. —Por qué no quiero. —Zí qd qd oí
no oí oí dinero. —E que no quio jugá.
—Vaya, hombre, juegue oí esa vaca.
Y mi ocha oí oí un billete de diez duro...
que lo devoré á la zafra.

—Amigo Portal, mandeme usted ma-
ñana los padrinos.

No sé qué ha sido de Portal; deseo que
le haya tocado la lotería, que le hará
una persona decente.

—A cuantos doy hoy la mano, que ha-
cen cosas peores que las de Portal, co-
menos necesidad, y con mucha meno-
gracia!

GUIMARÁN.



J. VILLEGRÁN.—LA SULTANA ADULTERA.
(Cuadro al óleo, propiedad de D. Lorenzo G. Villegas.)

relato, corregido y aumentado, á hogares, comercios y mercados; de suerte que cuando el héroe de aquellas aventuras llevaba ocho días en Vetusta, era cono-
cido, celebrado y temido por todo el ve-
cindario; y hasta los menos reparados y
cicateros se retrajeron de ofrecer un ci-
garro, temerosos de que el otro por el
bilo sacase el ovillo, y ellos quedaran al
fin encuchillados y comidos.

Pero Portal tenía que vivir, y vivió.
No había pasado un mes desde su llega-
da, cuando ya el epitome de sus buenas
se habían engrosado con otras semejantes
y auténticas, que no sé si reinadas aquí
con toda mi sordera, parecerán á los
lectores tan graciosas como á nosotros
nos parecían en el Casino de Vetusta,
narradas con salero por algún maleante
y avisado camarada del héroe.

que era revisado por el cotorro de los nu-
meros; oficio en que turnaban los juga-
dores.

Pero á Portal, al segundo dia de con-
currir á la honesta velada con su mujer
y unigénito, parecióle malo la tal revisi-
ón, que equivalía á poner en duda la
palabra honrada del caballero ó dama
que daba el alto por haber llegado á la
mitad del cartón, ó hilera mejor dicho.
Y como en mi pueblo la desvergüenza se
guarda para los compatriotas, y al fo-
rastero se tarda mucho en perdonar el
respeto, sobre todo si tiene acento andal-
uz (y no gallego ó catalán), de mejor ó
peor grado se tomó en consideración la
proposición Portal, se declaró urgente, y
se votó sin más discrepan



AGUAS DE CARABAÑA



PILDORAS FERRUGINOSAS HONCHELL

compuestas de rodura de hierro, hemoglobina y manganeso.

Curan la Anemia, Clorosis y Cloroanemia.

El ioduro de hierro excita la actividad de los órganos productores de los glóbulos rojos, y la manganeso, por la cantidad de oxígeno que contiene, enriquece la sangre, colocándola en condiciones de asimilar los glóbulos rojos que en sí lleva la hemoglobina.

En pocos días desaparecen la dispesia, dolores de cabeza, palpitaciones del corazón, cansancio, irregularidad de las reglas y la descoloración de la piel y de la orina, síntomas principales de la anemia, clorosis y cloroanemia.

Pedir este MEDICAMENTO en todas las farmacias.
Depositorio: Melchor García Capellanes, 1, Madrid

PRECIO 4 PESETAS

An ornate vintage advertisement for 'EL MOLAR' (Fuente del Toro). The top half features a large bull's head on the left and two circular medallions on either side. The text 'EL MOLAR' is prominently displayed in large letters, with '(A CUATRO HORAS DE MADRID)' underneath. Below this, 'FUENTE DEL TORO' is written in large, stylized letters. A smaller text below reads 'Propiedad de la Sra. Dña. Francisca Gómez y Cia. de Murcia'. The middle section contains descriptive text about the water's properties, mentioning 'aguas sulfidohídrico-salino-sulfatadas' and its benefits for rheumatism, gout, and neuralgia. The bottom section shows a scene of people at a table under a tree, with more descriptive text and a small map of Spain.

A detailed label for Jimenez & Ramothe's Old Brandy Cognac. The label features a central bottle of brandy with a greenish tint, surrounded by a wreath of oak leaves. To the left, a man in a red coat and white cravat sits in a chair, holding a glass and a cigar. The text "OLD BRANDY COGNAC" is at the top in large red letters, with "COGNAC" in smaller letters above the bottle. Below the bottle, the brand name "JIMENEZ & RAMOTHE" is written in a stylized font, with "MALAGA" in red letters at the bottom.